
Chantal REYNIER, *Comment l'Évangile a changé le monde*, Paris: Les éditions du Cerf, 2018, 338 pp., 14 x 21,5, ISBN 978-2-204-12262-7.

Chantal Reynier, doctora en teología bíblica, es conocida tanto por su labor docente en el Centre Sèvres, de París, como por sus publicaciones, especialmente en torno a temas paulinos. Entre ellas, se podrían citar: *L'épître aux Éphésiens* (2004), *Pour Lire saint Paul* (2008), *Pour Lire la lettre de saint Paul aux Romains* (2011), *Les Actes des Apôtres* (2015). Ha publicado también otros trabajos de corte más histórico; por ejemplo: *Paul de Tarse en Méditerranée. Recherches autour de la navigation dans l'Antiquité (Ac 27-28,16)* (2006), *Saint Paul sur les routes du monde romain. Infrastructures, logistique, itinéraires* (2009), *Vie et mort de Paul à Rome* (2016).

En *Comment l'Évangile a changé le monde*, la autora afronta la cuestión de la relevancia del cristianismo en el mundo actual. En algunos ambientes se acusa hoy día al cristianismo de ser el origen de todos los males. En épocas pasadas tenía en las sociedades europeas una posición dominante: al fin del Imperio Romano, en la Edad Media, e incluso en el Renacimiento. Ahora, de forma más o menos abierta, a menudo se le reprocha ser causa de inmovilismos y de proponer concepciones pasadas de moda, de hacer enfermar al hombre con una moral estática, de avalar situaciones políticas poco recomendables, de oponerse a la liberación de la mujer, de estar en el origen de la degradación ecológica del planeta, de favorecer una forma de fanatismo (se ponen los casos de las cruzadas, la Inquisición y el antisemitismo), etc. Los medios de comunicación, por su parte, recurren al vocabulario específico cristiano, pero vaciándolo de sentido y, al hacer esto, reducen su autoridad. En ocasiones, se intenta, por algún beneficio propio, silenciar a los cristianos, por ejemplo, cuando defienden a los más débiles o denuncian la injusticia. Y se llega incluso a perseguirlos (pp. 7-8).

La pregunta que se hace Reynier es si los cristianos son verdaderamente conscientes de la originalidad del Evangelio y de las innovaciones que ha aportado y sigue aportando a la humanidad. Porque vivimos en un ambiente cultural, al menos en los países occidentales desarrollados, en el que los mismos cristianos –en parte a causa de los escándalos en los que se ve implicada, de un modo u otro, la Iglesia– a veces se echan atrás pensando o que ya no pueden aportar nada o que hay algo nocivo en su fe. La respuesta de la autora es que el cristianismo tuvo mucho que aportar a la sociedad en el siglo I, que ha apor-

tado mucho a lo largo de la historia, y que puede seguir haciéndolo hoy día. Para mostrar cómo fue y cómo puede ser esto, Reynier fija su mirada en los escritos del Apóstol Pablo, que tanto se esforzó por exponer la originalidad de la fe cristiana y por desarrollar las consecuencias de la resurrección. Pablo, ciertamente, no fundó el cristianismo, y él mismo lo dice. Pero sí fue uno de sus testigos excepcionales. En sus cartas encontramos no solo aspectos del misterio de Cristo, sino también las innovaciones que la Buena Nueva introdujo en el mundo (pp. 8-11).

Reynier selecciona unos temas en los que centrarse, sin pretensión de hacer un análisis exhaustivo del pensamiento paulino. Elige cuestiones que tengan relevancia hoy día. La idea es ponerlas en perspectiva, para que destaque la novedad que supusieron en su tiempo, y extraer de ahí no solo una esencia de mensaje sino también una forma de actuar válida para los tiempos en los que vivimos. Esos temas se estructuran en tres grandes partes. La primera tiene como título general «Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo» (pp. 13-73): un Dios trascendente y al mismo tiempo infinitamente cercano al ser humano, un Dios que no tiene nada que ver con los dioses griegos y romanos. En esta parte se dedica un capítulo al Dios que revela Jesucristo, otro al mismo Jesucristo muerto y resucitado, y otro al Hijo de Dios en la historia del hombre. La segunda parte consta de otros tres capítulos, en los que la cuestión central es el hombre (pp. 75-132): la visión que de él trae el cristianismo, la vida en el Espíritu, y la cuestión del discernimiento en la vida diaria. La tercera parte tiene como título «Vivir cristianamente en una sociedad de placer», y hace referencia al mensaje cristiano en una sociedad que busca el placer de una forma compulsiva (pp. 133-203). Los capítulos hacen, por tanto, referencia a la sexualidad, a las relaciones conyugales y el celibato, y a los placeres, fiestas y banquetes. La cuarta y última parte aborda la cuestión de los cristianos como comunidad (pp. 205-288): la vivencia como hermanos en una sociedad marcada por la asimetría, el misterio de la Iglesia, y el dinero, el poder y la política.

Mencionemos un ejemplo. A la hora de hablar de la sexualidad, Reynier dibuja primero un cuadro general del Imperio Romano del siglo I. Se trata de una sociedad que, en sus capas altas, busca el lujo y el placer, y en la que predomina una libertad de costumbres que genera divorcio, adulterio prácticamente autorizado y abandono del matrimonio. En esa sociedad hay, ciertamente, unas reglas de conducta, aunque sean extrañas para nuestra mentalidad. Por un lado, están las mujeres casadas, que no pueden tener relaciones extra-conyugales, pues quedarían mancilladas. No ocurre esto con las esclavas,

las emancipadas o las cortesanas. El varón libre, por su parte, no puede quedar mancillado, por lo que, en realidad, obra como le parece, hasta el punto de que puede estar casado y tener relaciones con otras mujeres (u hombres), o simplemente vivir con concubinas sin estar casado. El criterio es el rango social (pp. 136-137). En esta sociedad entregada al placer, están presentes, con carta pública, la prostitución, que es vista como un componente esencial de orden social, la pederastia y la homofilia (pp. 138-146). Para dibujar este cuadro, la autora se basa en los escritos de los autores greco-romanos de la época que describen o alaban su forma de vivir, aunque, ciertamente, no todos la vean como algo laudable, y hasta se esfuercen algunos en re-proponer frente a ella las virtudes ancestrales.

En este contexto de licencia de costumbres, Pablo, consciente de que la resurrección afecta a todos los niveles de la persona, reflexiona acudiendo, por un lado, a las prescripciones judías, extremadamente críticas con esas prácticas, y a lo humanizador de algunas corrientes filosóficas de la época. Pero para él, la clave determinante es la antropología cristiana, no los argumentos naturales. Rechaza así, con firmeza, la «impureza» como incompatible con Dios y como destructora del hombre y de la familia humana, basándose en la dignidad de la persona creada por Dios y redimida por Cristo, y que aspira a una «vida nueva»; en la dignidad de la sexualidad y del cuerpo, Templo del Espíritu Santo; en la condición del bautizado como miembro del Cuerpo de Cristo; etc. (Ga 5,19; 1 Cor 5,1.10; 6,9-11; 2 Cor 12,21; Rm 1,24-27; 13,13; Col 3,5-7; Ef 4,19-21; 5,3; cfr. Gn 9,21; Lv 18,6-8; 20,11; *Libro de los Jubileos* XXXIII,9-20) (pp. 147-152).

Reynier concluye, al final de su estudio, que el cristianismo supuso ciertamente una novedad en su tiempo. Una novedad que aún permanece. Esto lleva a pensar que el cristianismo ha tenido, tiene y tendrá siempre esa fuerza humanizadora y liberadora. Que no hay que dejarlo de lado para buscar esa fuerza en otro sitio. Cada época tiene su sensibilidad y sus retos. El de hoy es encontrar la forma de que el cristianismo sea de nuevo significativo para una sociedad que lo ignora. La clave siempre será Cristo. Los cristianos no pueden replegarse, pues eso sería negar su vocación, afirma Reynier. Se trata de dar testimonio de Cristo, con la propia vida. Solo en él, el hombre puede descubrir su enorme dignidad. No se trata de reproducir lo que se ha hecho en el pasado ni de hacer revoluciones. El Evangelio ha cambiado el mundo, pero no lo ha hecho perfecto. A cada época le corresponde hacer realidad la perenne actualidad de Cristo: no hay que cambiar a Cristo, sino que se trata de ser

conscientes de que Cristo es capaz de hablar a cada persona de cada tiempo, en su mundo, con su lenguaje, con sus preocupaciones, con sus sensibilidades. Y que somos los cristianos los encargados de hacer eso realidad en nuestras vidas y de testimoniarlo con el ejemplo y la palabra: acogiendo lo bueno de cada época y vivificándolo con la fe en Cristo (pp. 289-292).

La cuestión abordada por Reynier en este libro se revela fundamental en el mundo en que vivimos y, entiendo, el planteamiento es acertado. Su libro no se presenta como una reflexión abstracta y global. La autora anima a valorar la fe cristiana y a vivirla con una perspectiva evangélica: profundizando en la novedad permanente de Cristo y asumiendo el reto de transformar la sociedad en que nos toca vivir sin huir de ella.

Juan Luis CABALLERO

Montse LEYRA CURIÁ, *In hebreo. The Victorine Exegesis of the Bible in the Light of Its Northern - French Jewish Sources*, Tournhout: Brepols («Bibliotheca Victorina», 26), 2017, 408 pp., 18,5 x 26, ISBN 978-2-503-57542-1.

Los estudios acerca de las relaciones entre cristianos y judíos en la Edad Media que mencionan puntos de fricción entre ambas comunidades son mucho más abundantes que aquellos donde se muestran testimonios de diálogo sereno y mutua colaboración. Este hecho responde, desgraciadamente, a la realidad de lo sucedido, ya que fueron frecuentes los conflictos y desavenencias entre un pueblo más o menos cristianizado y unas élites judías, por lo general, más cultas y emprendedoras. Los padecimientos sufridos en muchas juderías provocados por brotes violentos de antisemitismo, e incluso las disputas públicas entre rabinos y predicadores cristianos, organizadas por los reyes y destinadas a desacreditar ante la gente la enseñanza de los maestros de las comunidades israelitas, han sido y siguen siendo objeto de numerosas investigaciones. Es justo que sea así. No son páginas gloriosas en la historia de la cristiandad, pero solo sobre el reconocimiento de la verdad se pueden analizar las raíces del mal, aprender de los errores para rectificar, y trabajar por la construcción de una sociedad más justa y abierta.

En todo caso, aunque nunca faltaran tensiones de fondo y situaciones de fuerte inseguridad entre cristianos y judíos, en el día a día hubo ejemplos no-